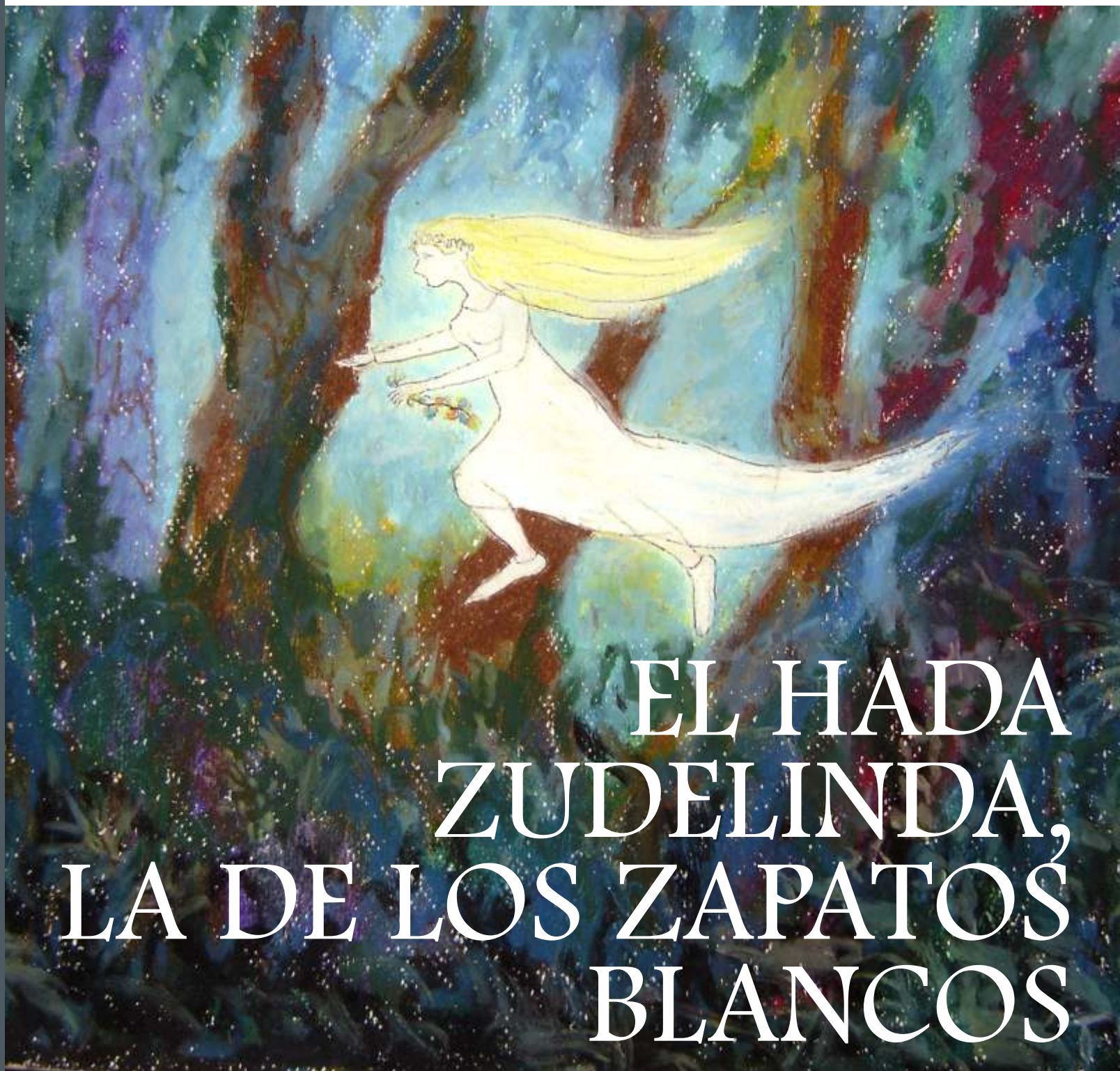


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL HADA
ZUDELINDA,
LA DE LOS ZAPATOS
BLANCOS

Fernando Olavarría Gabler

46



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL HADA
ZUDELINDA,
LA DE LOS ZAPATOS
BLANCOS

Fernando Olavarría Gabler

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

¿Conocen el cuento de las Zapatillas Rojas de Hans Christian Andersen? Es hermoso, como todos los cuentos de Hans Christian. Pero éste nada tiene que ver con los lindos zapatitos rojos de Karen sino con unos zapatones blancos, muy grandes, que encontró Zudelinda en un bosque.

Zudelinda era una niña muy bondadosa que vivía en un valle rodeado de espesos bosques. Su alma era tan blanca y pura como las nieves que cubrían las empinadas montañas que rodeaban este escondido valle alejado de toda civilización.

Hay que ayudar a esta buena niña, pensó el Señor del bosque y del universo entero. Pronto se quedará sola en la inmensidad de la selva porque sus padres morirán y sus parientes más cercanos migrarán a las ciudades en busca de trabajo y placeres mundanos.

En efecto, poco tiempo después sucedió lo que tenía que suceder, y Zudelinda se encontró rodeada solamente de sus animales domésticos más queridos. Todas las mañanas se levantaba al alba para ordeñar la vaca, dar de comer a los chanchos, limpiar el establo de las ovejas, darle leche a su gato y comida a su perro. Pasaba el día entero ocupada en diversos menesteres, limpiando su casa, regando las flores, cultivando el campo de papas, cosechando frambuesas y manzanas; en fin, no los voy a seguir cansando con todo lo que tenía que hacer Zudelinda porque lo que he descrito es sólo una parte de las labores de la niña y hasta yo me estoy cansando

al describirlas. El hecho es que, cuando el Sol se escondía detrás de las montañas, la buena Zudelinda se sentaba a descansar y se echaba a la boca un pedazo de pan y un tazón de leche. Mientras se alimentaba rezaba la oración del Angelus que le había enseñado su madre y sacaba algunas migajas del pan que había elaborado ella misma en la mañana para dárselas a los pajarillos que bajaban de los árboles y la rodeaban. Pero esa tarde Zudelinda estaba triste y cansada. Le dolían los pies. Sus grandes pies. Más aún, uno de ellos estaba hinchado por la picada de un tábano que había venido quizás de adónde y le había introducido su lanceta en el empeine. Justo sobre una vena. La buena niña, después de espantar al insecto, se había rascado la herida y ésta se había infectado. Cojeando, terminó sus labores. Encendió fuego en la cocina y se puso a lavar las ollas, mas, no pudo seguir, el dolor era intenso y tenía calofríos. Decidió irse a la cama y su fiel perro la acompañó y se echó en la alfombra, al lado de ella.

La niña tuvo mucha fiebre esa noche. Deliraba. Soñó que le crecían los pies en forma desmesurada y ella se convertía en una gran liebre o canguro que saltaba y corría por el valle haciendo todas las cosas que tenía que hacer a diario pero a gran velocidad.

Llegó la mañana y los rayos del sol la saludaron por la ventana. Ladró el perro, cantó el gallo y los patos chapotearon presurosos en el estanque. Todo esto significaba una alarma. Seres extraños habían

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

llegado hasta la casa de Zudelinda y se habían asomado por la ventana. Eran entes cabezones, vestían de gris y sus grandes ojos celestes miraban con bondad a la afiebrada niña.

Zudelinda -susurraron-. Hemos venido a sanarte. Debes ir al bosque. A la fuente de las algas verdes. Allí te curarás. Te purificaremos y serás transformada en alguien que no puedes imaginar ahora, así como estás.

La niña se había despertado, le dolía la cabeza y los pies estaban terriblemente hinchados. Pensó que los rostros que recordaba haber visto asomados a la ventana eran producto de la fiebre que había tenido en la noche. Se bajó de la cama y apoyándose en su fiel perro salió al jardín.

El perro ladraba alegre, el gallo lanzó un sonoro y optimista kikirikí que lo llenó de orgullo, los patos hicieron gran algazara, batiendo contentos las alas sobre el agua del estanque y el gato dormilón abrió un ojo amarillo y brillante y lo volvió a cerrar. Había trasnochado y ahora el sueño lo vencía.

Zudelinda conocía el lugar donde estaba la laguna de las algas verdes. Era un claro del bosque por donde bajaban los rayos del sol y le daban a las frías y transparentes aguas un hermoso color verde, debido a las algas que crecían en su fondo.

Allí estaban sentados alrededor de la laguna esos extraños seres grises.

-Te estábamos esperando -dijeron- y le mostraron un hermoso vestido blanco, una guirnalda de azucenas y unos grandes zapatos del mismo color.

-Vístete con todo ello -dijo uno de los hombres grises de ojos azules. Allá, detrás de esos matorrales, y luego vendrás donde nosotros. Así lo hizo Zudelinda y cuando se acercó a la orilla de la laguna ya sus grandes pies no estaban hinchados y se sentía considerablemente mejor. Los hombres grises comenzaron a cantar un hermoso salmo y la niña se metió suavemente a las frías aguas hasta flotar en ellas. Sumérgete totalmente, ordenó el jefe gris y Zudelinda obedeció y nadó bajo el agua quedando la corona de azucenas flotando en la superficie. Cuando salió del agua y ganó la orilla, los hombres grises habían desaparecido.

Entonces sucedió algo maravilloso. Desde la lejanía, a través del bosque, se oyó el armonioso tañer de una campana. Su tocar anunciaba algo que la niña en esos momentos no comprendía pero sentía que una cosa importante iba a suceder. Algo fascinante cambiaría la vida de la bella Zudelinda, la de los pies grandes.

Pensó que tenía que devolver el vestido y los zapatos blancos que tan bien la acomodaban y fue detrás de los matorrales en busca de su ropa de campesina, pero ésta había desaparecido. Solamente encontró una esquila que estaba enrollada y sujeta con una sutil ramita de enredadera y adornada con hermosas flores.

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

Zudelinda desenrolló la esquila y leyó:

“Bondadosa y bella niña. Nosotros no somos los autores de lo que has visto, ves y verás, sino simples mensajeros del Creador de este bosque, del firmamento entero y además de todo lo que existe. Él ha decidido favorecerte debido a tu alma pura y desea que seas una buena guardiana de algunos de los mundos que están en este bosque y de las montañas que los rodean. En el instante en que cojas las finas ramas que sujetó este mensaje te convertirás en hada. El hada Zudelinda.”

La niña quedó perpleja. No podía creer lo que había leído y lo leyó tres veces seguidas, lentamente, palabra por palabra. Luego, encucillándose recogió la ramita y con ella en la mano y con la esquila enrollada en la otra, avanzó como en un sueño hacia la orilla de la límpida laguna. Entonces se oyó un hermoso coro de voces angelicales que venían del cielo pleno de luz, que atravesaba las ramas de los árboles y llegaba a la fuente. La niña, sonriente y plena de felicidad cayó en éxtasis y agradeció a Dios el nuevo don que le había sido concedido.

Su cuerpo entero brillaba y su vestido y sus zapatos blancos también. El coro calló. Nuevamente tañeron lejanas y recónditas campanas. Empezó a oírse una armoniosa melodía que parecía un

vals. ¡Sí! ¡Un vals! “Espíritu Alegre”* y Zudelinda bailó, bailó llena de entusiasmo, felicidad y con gran gracia alrededor de la laguna. Sus blancos zapatos dejaban una huella en la fina arena que bordeaba el agua y aparecieron desde la espesura innumerables habitantes del bosque. Toda clase de animalitos y avecillas que llevaban el compás con sus cuerpos. Todo aquello era dicha y belleza y la niña, sacándose los zapatos bailó con los pies desnudos sobre la delgada playa en la orilla, y entre un compás y otro iban llegando más y más animalitos y también los animales domésticos de la granja de Zudelinda.

Los patos se fueron inmediatamente al agua. Ladraba el perro en la orilla y el gallo se había encaramado bien alto en una rama, pretendiendo ser director de orquesta, ¿y el gato? Llegó tarde, a lento andar y malhumorado. Tanto bullicio lo habían despertado. Se echó en la base de un tronco y, ronroneando, tranquilamente se quedó otra vez dormido. Había estado de fiesta toda la noche.

Zudelinda, cansada y alegre con tantos trinos de las avecitas y manifestaciones de gozo de todos los animalitos, se sentó en la arena y se calzó los zapatos blancos; entonces poniéndose de pie fijó sus ojos en la linda rama de flores que tenía cogida en sus dedos y la hizo girar lentamente.

El mundo del bosque, animales, valle, montañas y granjas fue deformándose paulatinamente, cambió todo de color y luego fueron

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

desapareciendo algunas cosas y aparecieron otras. La niña, asustada, se dio cuenta de que en su mano tenía una rama virtuosa que, al parecer, era capaz de modificar todo lo que la rodeaba.

Pero la niña no sabía que la virtuosa ramita no modificaba nada, solamente hacía ver, a quien la poseía, una infinidad de otros mundos o dimensiones que estaban allí, siempre presentes y no se podían ver por las limitaciones de los sentidos humanos.

La niña hizo girar con su índice y su pulgar la ramita mágica y fueron apareciendo y desapareciendo, como un gigantesco caleidoscopio (que poseía todo los colores del arco iris y otros más) muchos mundos jamás soñados por ser viviente alguno. Maravillosas fortalezas y empinadas montañas transparentes y rosadas, océanos amarillos como el ámbar, grandes ciudades azules donde hormigueaban habitantes y vehículos desconocidos. Un pequeño movimiento rotatorio hacía cambiar las extrañas ciudades por cristalinas aguas color azul turquesa con peces rarísimos y otros habitantes marinos jamás vistos. Era tan maravilloso aquello, que Zudelinda perdió la noción de la realidad y tampoco sabía dónde estaba, hasta que se encontró en un hermoso paraje cubierto de enormes diamantes tallados y otras piedras gigantes de diferentes matices, azules, violetas, celestes y malvas. Entre joya y joya había espacios tortuosos, como calles y en ellas aparecieron unos personajes que le eran conocidos. Eran los mensajeros, los hombres

de gris, que ahora no se veían así sino que sus ropajes lucían de distintos colores, violetas malvas celestes y azules, semejantes a las grandes piedras preciosas.

¡Bienvenida! - dijeron.

Querida Zudelinda. Debemos advertirte algo. Aléjate de la dimensión roja y vela para que ésta no tenga influencia en el valle. ¡Ah! Y no te olvides que el mundo del bosque, el valle y la montaña, te pertenecen y debes cuidarlo. No te alejes de él porque allí está tu misión de hada bondadosa. En ese valle ocurrirán muchos cambios. Tu cometido es velar que la dimensión roja no prevalezca.

Zudelinda estaba tan absorta con lo que estaba viendo y oyendo, que, sin darse cuenta seguía rotando la ramita virtual, y lentamente la dimensión azul fue desapareciendo, siendo reemplazada por otra verde, luego, una amarilla, otra naranja, y llegó a un mundo rojo...

¡Aquí lo pasamos muy bien!, dijeron unos seres invisibles que revoloteaban alrededor de ella ¡Haz lo que quieras! Sácate esos zapatos ¡Bella hada Zudefea!

Los espíritus se reían de sus odiosas chanzas y esto entristeció a la niña que no estaba adaptada a tan desagradable medio. Comenzaba a sentir ira y preguntó ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué son tan cobardes que dicen todas esas tonterías y no se dejan ver? Sean valientes y muéstrense a mis ojos. Entonces se oyeron

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

destempladas risas y chillidos grotescos y aparecieron ante ella caras horribles y repulsivas cuyos ojos burlones traducían malas intenciones. Zudelinda dio un grito de espanto. Soltó la ramita y ésta cayó a sus pies. Inmediatamente toda esa espantosa escena desapareció y la niña cogió nuevamente la ramita y decidió volver a su casa en la granja del valle.

No le he dado de comer a mis patos -exclamó- ni tampoco a la gallina ¡Ni a mi perro!. Afligida corrió hacia el valle pero no corrió, se elevó del suelo y voló a través del bosque sin que los gruesos troncos ni los matorrales le ofrecieran obstáculo. La niña los atravesaba sin dificultad alguna y por esta razón llegó en pocos segundos a la granja. Pero ésta no existía. Sólo un montón de ruinas recordaba que allí había estado la granja de sus padres y de sus abuelos. Todos los animales habían desaparecido y donde estaban los terrenos labrados solamente crecía la maleza.

A los lejos se oyó un relincho. Era una carreta cubierta con una lona que avanzaba lentamente por el valle, donde no había sendero alguno y se abría paso a través del alto pastizal.

Transcurrió el tiempo y el valle se llenó de colonos que llegaron con sus pesadas y lentas carretas a encontrarse con el hermoso valle donde había vivido la niña Zudelinda.

Construyeron sus casas, cultivaron la tierra y trajeron ganado. En pocos años el esfuerzo de sus habitantes transformó al hermoso

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

valle en un vigoroso y extenso poblado en el cual había una escuela, una iglesia y un pequeño hospital. El pueblo progresaba: Al cabo de poco tiempo ya existía una cárcel, una horca, un banco, y una taberna.

¡Qué felicidad!, exclamaron los espíritus de la dimensión roja ¡Una horca! ¡Una taberna! ¡Qué maravilla! Es el momento de actuar ¡Vamos al valle! Nuestro poder es superior al de los habitantes de las otras dimensiones porque podemos trasladarnos a voluntad a cualquier parte donde haya seres humanos ¡Y siempre somos bien recibidos!

Llegó al pueblo un bandolero. Venía huyendo de otros lugares por haber asaltado un banco y asesinado a varias personas. Haciéndose pasar por forastero pidió comida y alojamiento en una de las casas, en la periferia del pueblo, donde vivían dos ancianos esposos.

Después de cenar, se fue a dormir al granero y cuando los dos ancianos habían apagado la luz de sus velas, entró a la casa sigilosamente, con la intención de matarlos para luego robarles. Cuando iba a tientas por el pasillo que conducía al dormitorio de los dos viejos, al fondo de éste apareció una niña vestida de blanco. Blancos eran también sus dos grandes zapatos y una guirnalda de azucenas coronaba su frente. Portaba una rama con flores en su mano derecha y sus ojos y su boca sonreían con gran bondad.

El bandido, al verse sorprendido, avanzó hacia ella para acuchillarla pero una poderosa fuerza lo tumbó a tierra y quedó con la cabeza y todo el cuerpo pegado al suelo sin poder moverse de ahí. Empezó a gritar y los viejos, asustados, encendieron una vela y se asomaron por la puerta. Lo que vieron fue algo extraordinario, imposible de creer: El hombre fue levantado por los aires por manos invisibles y desapareció lentamente. Esto sucedía cuando una hermosa niña, con su vestido y zapatos blancos hacía girar una misteriosa rama que tenía en una de sus manos.

-¿Quién eres? Preguntó el viejo ¿Qué se hizo ese hombre que era nuestro invitado?

-Ese hombre era un bandido que tenía la intención de matarlos y robarles después- replicó la niña.

-Pero, dime niña ¿Cómo te llamas?- Preguntó la vieja.

-Soy Zudelinda, contestó la niña.

-¿Zudelinda? Ese es el nombre de una antigua historia que le oí contar a mi abuela- murmuró la anciana. Era un hada que vivía en esta región. Protegía a los que se internaban en el bosque cuando se perdían en él. Tu aspecto coincide con el cuento de mi abuela. Vestía de blanco, tenía una guirnalda de azucenas en su frente y calzaba unos largos zapatos blancos. A ver niña ¿Cómo son tus zapatos?, y la vieja arrebató la palmatoria de la mano de su esposo y la acercó a los pies de la niña. ¡Oh! ¡Qué grandes son!- exclamó la vieja, llena de

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

estupor y éste aumentó más aún porque la niña había desaparecido.

Solamente se veía algo en un rincón del pasillo. Era el cuchillo del bandido que brillaba en la oscuridad.

Querido lector ¿Sabes tú dónde fue a parar el forajido? Zudelinda había rotado su rama virtuosa y el bandido voló por un mundo de color índigo, violeta, azul, verde, amarillo y naranja. Hasta que llegó a la dimensión roja y allí se quedó sin volver jamás al valle donde reinaba Zudelinda.

Son muchas las historias relacionadas con esta doncella misteriosa que aparecía en los momentos más difíciles para ayudar a los habitantes de ese pueblo y salvarles muchas veces la vida.

Es digno de contar un suceso inolvidable por no tener explicación lógica. Fue cuando tres niños se subieron a un bote y remaron por el río que venía de las montañas y pasaba cerca del pueblo. Los tres pequeños no tenían experiencia en remar y al deslizarse el bote por un rápido, perdieron los remos, el bote chocó con unas rocas y se volcó. Los niños chapotearon unos instantes en el agua y luego desaparecieron. Todo el pueblo lloró esta desgracia y cuando fueron al cementerio caminando con tres ataúdes blancos vacíos, para simbolizar la muerte de los desaparecidos, se oyó en el bosque unos silbidos, gritos que llamaban y risas. Los tres pequeños salieron de la espesura del bosque llamando a sus padres que estaban en primera fila del cortejo, corrieron hacia ellos y los abrazaron. Las

mamás lloraban de alegría y no terminaban de hacerles cariños y besarlos.

El cortejo fúnebre volvió al pueblo convertido en un carnaval con los niños en los hombros de sus padres y los tres ataúdes vacíos quedaron abandonados en el camino.

Hubo gran alegría durante ese día, las campanas de la iglesia repicaron y los demás niños de la escuela hicieron rondas y juegos en la plaza.

Después, todos se fueron a sus casas a almorzar y los niños contaron cada uno de ellos a sus papás, exactamente la misma historia: Cuando cayeron al agua y se sumergieron, vieron una joven vestida de blanco con una guirnalda de flores en su frente que les sonreía. Portaba una ramita floreada que la hizo girar entre la feroz corriente y ellos se encontraron en un mundo celeste. Flotaban en este cielo que estaba lleno de puntos luminosos que llegaban hasta ellos. Eran como grandes estrellas de una cegadora luminosidad. Pronto se dieron cuenta de que los puntos luminosos, que se agrandaban como estrellas, no llegaban hasta ellos sino que se desplazaban velozmente entre brillantes astros, y llegaron a una luminosidad distante que no era otra cosa que una hermosa joven, la misma que habían visto debajo del agua; estaba allí sonriendo, con su vestido blanco, su guirnalda y su larga ramita en la mano. Entonces se fijaron que tenía unos grandes y largos zapatos blancos.

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

La bella muchacha les dijo: Ya es tiempo que vuelvan donde sus padres porque ellos están muy afligidos al no saber de ustedes, y sacudiendo la ramita con flores, se encontraron en las márgenes del bosque. Allí divisaron a sus papás que caminaban muy tristes y cabizbajos. Entonces gritando y silbando habían corrido hacia ellos. Estos tres relatos contados por cada niño con un asombroso parecido, aún el mínimo detalle, dejó en la más grande de las incógnitas a todos los habitantes del pueblo. Hasta que una vieja vecina que habitaba con su esposo en las casas más extremas, contó que había sido salvada por esa imagen y que correspondía a Zudelinda, una hada del bosque. Así se lo había contado su abuela cuando ella era pequeña. Se trataba de un cuento muy lindo que su abuela lo repetía cada vez que la hacía dormir.

Los habitantes del valle consideraron que esta imagen debería realizarse aún más y el Cabildo aprobó en una de sus sesiones, presidida por el alcalde, que el escudo de la ciudad debería ser la imagen del hada Zudelinda. Todo ello para dar mayor importancia a la región y transformar esta leyenda en una gran atracción turística. Así fue que la imagen del hada se transformó en el emblema, de la ahora ciudad, y un escultor quiso tallar en madera la hermosa mujer, toda pintada de blanco, para situarla en la plaza. Llamaba la atención eso sí los grandes pies de la estatua que no guardaban proporción con el resto del cuerpo, mas, eso atraía a los turistas que acudían en

gran número a fotografiarla.

Mientras tanto, Zudelinda volaba invisible por el bosque, que, para felicidad de todos, el Cabildo había decidido conservar a pesar del crecimiento urbano.

Una hermosa mañana de primavera, Zudelinda oyó golpes de hacha cerca de las ruinas donde había estado su granja. Voló inquieta hacia allá y se encontró con un apuesto joven que estaba cortando un árbol en el centro de las ruinas que habían sido la casa de Zudelinda. Fue tan grande la sorpresa del hada que, sin darse cuenta, en forma involuntaria rotó su rama virtuosa y el bosque se tiñó de rojo, entonces el hada sintió rabia porque el joven estaba echando abajo ese enorme árbol y se le apareció a él con cara de enojo. Atardecía. El joven, sudoroso, bajó el hacha y le sonrió. Al ser interrogado, respondió que pensaba reconstruir lo que había sido antes una casa de una granja, porque había decidido irse a vivir allí una vez que la hubiese terminado.

-Esa casa me pertenece- dijo el hada bastante molesta- y no tienes derecho de apropiarte de lo ajeno.

-¡Ah! ¿Sí? Contestó el mozo. Pues bien, viviremos los dos en ella una vez que la haya reconstruido, y se puso a reír. Su risa era franca y alegre y todo su ser demostraba un saludable espíritu.

Entonces Zudelinda no tuvo deseos de rotar su ramita virtuosa y contempló cómo el joven daba fuertes golpes de hacha en el

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

tronco. En esos instantes el Sol teñía de nubes rojas el cielo y la niña tuvo una extraña sensación que nunca en su larga vida de hada ni de niña la había tenido.

El hada Zudelinda se había enamorado.

Andaba, más bien volaba intranquila por el bosque y sin proponérselo llegaba al lugar donde estaba su casa y el joven reconstruyéndola, y la casa se veía cada vez más hermosa y el joven más atractivo. Ella, invisible, se deleitaba contemplándolo, sentada cerca de donde él aserraba las ramas del tronco o martillaba las tablas que él mismo había fabricado. Hasta que un día esta situación no la soportó más y volando se internó en la espesura, se sentó en la orilla de la fuente de las algas verdes y lloró amargamente por sentir la desventura de ser hada y no un simple mortal. Invocó a los mensajeros grises pero éstos no aparecieron. Entonces se acordó del mundo azul donde vivían y rotó su ramita para encontrarse con ellos y contarles sus tribulaciones.

Allí los vio, no de grises, sino de diferentes tonos parecidos al azul y al violeta; entre las grandes piedras preciosamente talladas.

-Te estábamos esperando- le dijeron. Querida niña, hemos consultado al Creador del bosque y del firmamento y de otras cosas visibles, más visibles, menos visibles e invisibles.

Volverás a ser niña. Tu misión de hada ha sido cumplida.

En esos instantes Zudelinda se encontró nuevamente en la

orilla de la laguna con su vestido y sus zapatos blancos pero la guirnalda de azucenas y la ramita virtuosa habían desaparecido. Sorprendida, fue a buscarlas pensando que estarían más allá entre los árboles, pero en vez de volar corrió, y chocó contra un árbol. Quedó sentada en el suelo y con un chichón en la frente. Debido al rudo golpe había dado un grito y éste lo había escuchado el joven leñador que, alarmado, corrió por entre la espesura hasta llegar a la laguna. Allí se encontró con la joven del vestido rosado que había conocido días atrás al atardecer pero ahora vestía de blanco y estaba sollozando. El joven la tomó en brazos, la recostó en el suelo, en la base de un tronco y arrancando unas hojas de matico las remojó en el agua y le curó el chichón de la frente.

He terminado la casa le susurró con dulzura -y deseo que vivamos en ella como marido y mujer.



El matrimonio se efectuó días después y las campanas de la iglesia volvieron a repicar con gran alegría.

El pueblo estaba maravillado por esta admirable y bella joven

EL HADA ZUDELINDA, LA DE LOS ZAPATOS BLANCOS

que vestida de novia con su traje blanco y una guirnalda de azucenas tenía un extraordinario parecido con el personaje de leyenda de la ciudad, especialmente por sus pies grandes y sus enormes zapatos blancos.

La fiesta duró toda la noche hasta la aurora, después los novios huyeron a su casa en el bosque. El gato, estuvo también en la fiesta, en la mañana le dio sueño y muy cansado se fue a dormir.

Zudelinda fue mamá y tuvo cinco hijos, dos hombres y tres mujercitas, y vivió muy feliz con su joven esposo, el médico de la ciudad.

Fueron dichosos en la granja, rodeados de sus animalitos muy queridos. Balaban las ovejas y los patos batían sus alas en el estanque y el gallo arriba del tejado lanzaba sus sonoros kikirikís al viento. ¡Se creía una auténtica veleta! El perro ladraba feliz porque sus amos eran felices y el gato estaba de mal genio porque no lo dejaban dormir durante el día. Abrió un ojo amarillo y brillante como una fascinante joya del mundo de los hombres grises, y lo volvió a cerrar. Es la vida, refunfuñó -. A estas alturas de la mañana cuando el Sol calienta y recupero energías ¡hay que soportar a todos estos bulliciosos! Bostezó, estiró sus patas delanteras, sacó las uñas, las guardó y siguió durmiendo...

Pasaron los años y la hija menor de Zudelinda (se llamaba igual que su madre), estaba invitada a una fiesta. Decidió hurguetear

en el viejo ropero de mamá, por si encontraba alguna prenda de vestir que pudiera usar. Al fondo del gran ropero, arriba y hacia la derecha, encontró un vestido blanco que estaba algo amarillento por los años y unos grandes zapatos blancos. Me quedarán bien dijo la niña, porque tengo los pies tan grandes como los de mamá. Éste debe de haber sido su traje de novia y lo ha guardado como un recuerdo, y sacándolos del ropero decidió ir con ellos al baile.

No les voy a contar o les contaré otro día cómo le fue a la hija en la fiesta y cuánto bailó, porque hemos llegado al fin de esta historia, la del hada Zudelinda y sus zapatos blancos.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.